

### III. CREAR HOMBRE CAPAZ DE SERVIR

Llegada la hora de formar al hombre mexicano, Vasconcelos se encontró ante dos alternativas ambas igualmente repugnantes: el explotador y su filosofía positivista que lo justificaba y el meteco, imitador servil, incapaz de crear valores propios y por ello indigno y mediocre. Por otra parte, Vasconcelos aspiraba a que el hombre mexicano fuera capaz de bastarse por sí mismo y de emplear su energía sobrante en el bien de los demás. Ese hombre-tipo sería formado por el maestro misionero y por los profesores honorarios que provendrían a su vez de entre los hombres libres que aún sobrevivían en México. El maestro misionero sería a su vez ejemplo del hombre-tipo que Vasconcelos quería formar y el encargado de engendrar por la educación más de esos hombres. El maestro misionero debía bastarse a sí mismo, ser capaz de servir a los demás desinteresadamente, y convertirse en el inspirador de un entusiasmo cultural que llegaría a todos los ámbitos de la nación.

Ya hemos dicho que los positivistas se propusieron crear al yanqui del sur, un hombre fuerte, sano, seguro de sí mismo, capaz de manipular el ambiente social y económico para satisfacer sus intereses y además poco dado a las lucubraciones teológicas o metafísicas. En el *Ulises Criollo* relata Vasconcelos su primer encuentro con este tipo de hombre. Adolescente aún, era entonces estudiante en Campeche y en los bancos del colegio se perpetuaban las discusiones. Un alumno acomodado describía los ocios de las vacaciones en la hacienda de las serranías; para

<sup>56</sup> José Vasconcelos, *Ulises Criollo* (México: Ediciones Botas, 1930), p. 360.

aquel entonces ya el palo de tinte casi no se cortaba, pero, en cambio, aumentaban los cultivos y era preciso adquirir mano de obra entre los "guachos" miserables de la meseta que, mal alimentados e ignorantes, los vencía el clima, los agobiaba la tarea. Cada mañana, junto con el café y el plátano, recibían el puño de quinina que les reprimía la fiebre. Y aseguraba el joven propietario que "a veces hay que darles de palos para que trabajen"; mientras otro añadía que "cuando escapan los cazan por la selva, los capturan y los ponen al cepo. No pueden dejar la finca porque nunca acaban de cubrir sus adeudos con el patrón". Fue éste, el patrón inflexible pero creador de riqueza, el que se apoyaba en el ideal positivista para presentarse a sí mismo como prototipo de tal ideal.\*

\* Esta afirmación que declara al patrón de hacienda como prototipo del ideal positivista requiere una explicación. Tengo perfectamente claro en mi mente el lugar que señaló Auguste Comte al altruismo en todo su pensamiento positivista. De hecho Comte afirmó que el amor era el principio, el orden la base, y el progreso el propósito de todo su sistema. En el *Catecismo de la Religión Positiva* Comte hace particular énfasis en este punto al señalar que "The labour of man, that is to say, the successful efforts man makes to modify his destiny, is really never otherwise than gratuitous... Positive religion alone can on this point overcome modern anarchy. It does so by enforcing on all a sense that individual services never admit of any other reward than the satisfaction of rendering them, and the grateful feeling they excite". (Auguste Comte, *The Catechism of Positive Religion*, London: John Chapman, 1858, p. 240), lo cual constituye una declaración abierta en pro de la generosidad humana. La cuestión se explica porque el positivismo mexicano fue una variante del positivismo europeo con características muy propias. Así, mientras Comte pensaba que el liberalismo francés era una fuerza negativa que conducía al caos, Gabino Barreda, el fundador del positivismo mexicano, vio en el liberalismo una fuerza positiva que conducía al orden y al progreso. De ahí que alterara la trinidad comtiana de "amor, orden y progreso" a "libertad, orden y progreso".

Las ideas de Comte fueron combinadas con las de John Stuart Mill, Herbert Spencer y en general, el darwinismo social, y se concibió al Estado como el guardián del orden público contraviniendo la idea comtiana que favorecía la intervención y el control estatal en asuntos económicos. La libertad, como lo afirma Leopoldo Zea, se convirtió en libertad de enriquecimiento, sin más límites que las propias capacidades para formar una burguesía semejante a la inglesa y norteamericana (ver Leopoldo Zea: "La filosofía mexicana en el siglo XX", *Filosofía y Letras*, no. 27, julio-septiembre, 1947, p. 77).

De hecho el estudio clásico de Leopoldo Zea *El positivismo en México* sostiene la tesis de que el positivismo mexicano fue la expresión ideológica de la burguesía y que José María Luis Mora fue el primer teórico de la clase media.

William D. Raat en *El positivismo durante el porfiriato* (México: Sep Setentas, 1975), intentando corregir a Zea, niega que en México hu-

La gran lucha contra el positivismo la llevó a cabo Antonio Caso y suya fue la victoria. Mientras que, durante la Revolución, la mayor parte de los miembros del Ateneo se dispersaron fuera de México, Caso se quedó aquí cultivando los temas principales de ese círculo intelectual. Ya desde los años inmediatamente anteriores al conflicto, se decidió a buscar otras alternativas en el personalismo de Stirner y en la experiencia religiosa para reemplazar la influencia del positivismo. Entre sus artículos de esta época debe mencionarse "Perennidad del pensamiento religioso y especulativo"<sup>57</sup> donde ya se decide a un ataque frontal contra el positivismo, que luego cierra con su obra magna de la época, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad* en que llega a una victoria final.

*La existencia como economía, como desinterés y como caridad* se desarrolló a partir de una serie de conferencias que preparó Caso en 1915 para la Universidad Popular Mexicana, institución ésta con la que el grupo del Ateneo esperaba difundir la cultura a las clases menos favorecidas, y que luego publicó en forma de libro en 1919. Parte en él Caso de la concepción posi-

---

biera habido una filosofía oficial del Estado que se pudiera llamar positivismo. Afirma que el positivismo "fue ante todo una filosofía de la educación que se adoptó oficialmente hasta 1896 en el Nuevo Plan de Estudios", pero que por otra parte "el 'ciencismo', la tesis de que todos los objetos pueden comprenderse científicamente, sí fue una corriente dominante en la época dentro y fuera de la comunidad académica". (p. 7).

Sin meternos en la enmarañada cuestión de si fue o no positivismo lo que hubo aquí en México, en lo que sí coinciden los dos autores es en que "ello" sirvió para justificar el encumbramiento de la burguesía emergente, como la denomina Zea, o de los criollos nuevos como los llama Raat. Alrededor de 1890 algunos de estos criollos nuevos formaron una camarilla política que sus opositores llamaron "el partido de los científicos" entre los que hubo banqueros importantes, industriales y financieros.

Esta visión de la burguesía emergente o criollos nuevos, se refleja en el periodismo de la época. Así por ejemplo, *La Libertad*, el periódico de Justo Sierra, proponía ciertas reformas económicas que atribuía a los postulados de un concepto científico de la sociedad. Sobre esta base el Estado debía dictar medidas adecuadas para alentar los sectores privados de la economía. Por su parte, los periódicos de oposición al porfirismo tales como *La Guacamaya*, *La Palanca*, *El Diablito Bromista* y *el Diablito Rojo*, entre muchos otros, acusaban al partido científico de avaricia. Según ellos, lo que hacían los científicos positivistas era robar al pobre para enriquecer más al rico, lo cual justificaba que se proponga al hacendado como prototipo del ideal positivista tal como se ha hecho en el presente texto.

<sup>57</sup> Antonio Caso, "Perennidad del pensamiento religioso y especulativo", *Revista Moderna*, XIII (octubre, 1909), p. 68.

tivista de la vida, la vida como lucha, para llegar a comprobar que más allá de la lucha están el desinterés y la caridad.

Escribe Caso:

La lucha —inconcebible sin la idea de provecho para alguien— constituye la modalidad universal de la vida. Vencer la resistencia del medio; doblegarlo al impulso del organismo, hacerlo uno mismo, es vivir. La ley fundamental de la vida nos parece ser la adaptación: la solución del problema económico.<sup>58</sup>

Y además:

...El egoísmo, la 'voluntad de poderío', inconsciente en la bestia, es consciente en el hombre. El egoísmo atávico, sin nacimiento en la experiencia, como lo dice Dastre, explica o puede explicar, indisolublemente, la nutrición y el crecimiento.<sup>59</sup>

Es esta voluntad de poderío la que había dominado el espíritu de la vida mexicana durante los veinte o treinta años anteriores y la que ilumina los pasos del patrón de hacienda de que nos habla Vasconcelos en el párrafo citado anteriormente.

Conforme a tal concepción de la vida, Caso nos dice que ésta podría reducirse a la ecuación:

Vida = Mínimum de esfuerzo  $\times$  máximo de provecho.<sup>60</sup>

Resulta, sin embargo, que Caso encuentra un acto humano que se sale de esto que parecería universal, y es el arte. "El arte", nos dice Caso, "es un *desinterés innato* que la vida no explica; reclama un esfuerzo enorme y su resultado es inútil. Las obras de arte no sirven a la economía de la existencia<sup>61</sup>". El arte, el desinterés, conduce a la caridad que sigue una ecuación opuesta que se podría enunciar así:

Sacrificio = Máximo de esfuerzo  $\times$  minimum de provecho.<sup>62</sup>

Esto nos indica con toda claridad que en la acción humana hay un reino aparte de lo económico que está dominado por el principio del desinterés, y más aún, que es el reino de lo propia-

<sup>58</sup> Antonio Caso, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, Obras Completas, Vol. III (México: U.N.A.M., 1972), p. 38.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 96.

mente humano, lo que nos distingue de las otras criaturas de la naturaleza. En los principios de este reino están basados la ética cristiana y el amor espiritual. Dice así Caso:

El desinterés, la caridad, el sacrificio, son lo irreductible a la economía de la naturaleza. Si el mundo *sólo fuera voluntad*, como dice Schopenhauer, sería inexplicable que la voluntad se negase a sí misma en el sacrificio. El mundo es la voluntad del egoísmo y *la buena voluntad*, además irreductible, contradictoria con la primera. Lo que prueba, experimentalmente, que hay otro orden y otra vida, junto con el orden y la vida que rige férreamente el bárbaro imperativo de Darwin, el *struggle for life*.<sup>63</sup>

Bajo la orientación de Caso vuelve pues México al buen sendero, al viejo y tradicional sendero del mundo hispánico que se puede expresar con las simples palabras de Phenix, "que el amor constituye el gran secreto de la educación creadora y la aportación más gloriosa de la hispanidad a la educación del mundo".<sup>64</sup> Y, por supuesto, la expresión más alta del amor es la caridad porque consiste en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismos, y para Caso, la caridad es un hecho tan palpable como la lucha misma. Es algo que no se demuestra, sino que se practica, *se hace*, como la vida. Es además, otra vida. "No tendréis nunca la intuición del orden que se opone a la vida biológica", nos dice; "no entenderéis la existencia de su profunda riqueza, la mutilaréis sin remedio si no sois caritativos". Y es que hay que vivir las intuiciones fundamentales. El que no se sacrifica no entiende el mundo total ni es posible explicárselo, como es imposible explicar el sonido a un sordo o la luz a un ciego de nacimiento. No hay ni moral ni religión para egoístas como no hay óptica para ciegos ni acústica para sordos. Y concluye: "Hay que tener todos los datos, que ser hombre es su integridad; ni ángel ni bestia; para abarcar la existencia como economía y como caridad, como interés y como sacrificio".<sup>65</sup>

Fue así como bajo la piqueta de Caso cayó el ideal del positivismo, ese patrón de hacienda que sabía explotar y manipular la riqueza pero no sabía amar ni entendía la caridad por el prójimo. Con razón escribe Vasconcelos que, ideológicamente,

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 96.

<sup>64</sup> Philip H. Phenix, "la filosofía de la educación por medio de la literatura", *Diálogos*, No. 56 (marzo-abril, 1974).

<sup>65</sup> Antonio Caso, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, p. 100.

Caso era jefe de una rebelión más importante que la iniciada por el maderismo. La doctrina de la selección natural comenzó a ser discutida y dejó de ser dogma. "La cultura y el talento de Caso", nos dice Vasconcelos en el *Ulises Criollo*, "aplicados a la enseñanza evitaban, asimismo, el retorno al liberalismo vacío de los jacobinos. Sin fundar clubes, la obra de Caso era más trascendental que la de no importa cuál político militante."<sup>66</sup>

Además del patrón de hacienda que fue el ideal que floreció en el México positivista, había otro tipo de mexicano que Vasconcelos tuvo oportunidad de conocer en California, que era para él particularmente despreciable y que por lo tanto urgía reemplazar. A este tipo lo llamó Vasconcelos el meteco mexicano y, según él, era lo peor de Los Ángeles.

La palabra meteco es de origen griego y la crearon los atenienses para designar a todo género de coloniales y extranjeros que llegaban a la metrópoli a imitar sus gustos y costumbres, pero sin producir valor original alguno. También los parisienses contemporáneos de Vasconcelos usaban el vocablo para referirse con desprecio a los satélites de su propia civilización.

Vasconcelos se refiere con el término a toda la multitud de políticos ladrones, funcionarios sin escrúpulos y aun ricachos ingenuos de distintas partes de México que tenían por meca la capital del cine y en ella se gastaban dinero que sólo les producía satisfacciones serviles.<sup>67</sup>

Para Vasconcelos el temperamento del meteco:

...no es de señor que ante todo procura asegurarse soberanía, protegerse la dignidad, sino de siervo que hoy imita un uso, se pone un disfraz y mañana gemirá para que un partido político, así lo compongan bribones, le tiren el mendrugo de un sueldo. Y dirá tal vez el meteco, en el retiro sin gloria de su mediocridad: —¡Ah, pero me divertí con las gringas... Lo más probable es que las gringas que lo explotaron se hayan divertido con él; pero aun en el caso que haya sido un Don Juan y haya provocado pasiones, no se habrá divertido, no sabrá lo que es vivir, porque sólo se divierte y sólo vive el que en su medio es señor, es creador de valores y es ejemplo. Nada de esto puede ser un meteco.<sup>68</sup>

El meteco pues sufre de dos debilidades fundamentales que nos obligan a despreciarlo. Primero es incapaz de mostrarse a

<sup>66</sup> José Vasconcelos, *Ulises Criollo*, p. 390.

<sup>67</sup> José Vasconcelos, *La Tormenta, Obras Completas*, Vol. I (México: Libreros Mexicanos Unidos, 1958), p. 1145.

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 1145.

sí mismo tal como es, necesita un disfraz, porque su personalidad es demasiado débil para enfrentarse a la vida con ella; y, segundo, al no ser señor en su propio medio, no es creador de valores, es apenas un simple imitador.

Al llegar Vasconcelos a dirigir la educación nacional, ¿qué hace él para reemplazar este tipo inadecuado del mexicano por ese mexicano auténtico que él aspira a formar y cuya calidad mayor es su capacidad de servir? "Organicemos el ejército de los educadores que sustituya al ejército de los destructores" es el llamado de Vasconcelos en *El Demócrata* el 11 de octubre de 1920 siendo aún rector de la Universidad. Y añade lo que ya había anticipado en su discurso de posesión como rector de la Universidad (y que fue citado en la página 182):

Los hombres libres... debemos juntarnos para trabajar y prosperar. Seamos los iniciadores de una cruzada de educación pública, los inspiradores de un entusiasmo cultural semejante al fervor que ayer ponía nuestra raza en las empresas de religión y la conquista...<sup>69</sup>

Es decir que, mientras Vasconcelos concibe la obra de la educación nacional, está pensando en el pasado hispánico y en las grandes empresas misioneras realizadas. Es natural, pues, que sea de allí, de ese pasado que tanto nos pertenece, de donde él saque ese ideal del mexicano que tan fervientemente busca. Por eso concluye Vasconcelos sus declaraciones a *El Demócrata* de la siguiente manera:

...El fin capital de la educación es formar hombres capaces de bastarse a sí mismos y de emplear su energía sobrante en el bien de los demás... Va a ser necesario mover el espíritu público a animarlo de un ardor evangélico, semejante al que elevara a los misioneros por todas las regiones del mundo a propagar la fe.<sup>70</sup>

¿De dónde, pues, sino del evangelizador que a través de un acto de fe y de entrega personal logra la conquista espiritual del nuevo mundo, podría Vasconcelos obtener la imagen del mexicano ideal? Aun en el caso de que la buena fe del misionero hubiera sido utilizada por otros para fines de conquista económica, esa buena fe y ese espíritu de entrega son innegables y son obra de redención.

La fuerza de los misioneros evangelizadores radicaba en el fervor con que creían salvar, no sólo el cuerpo, sino también y

<sup>69</sup> "Organicemos el ejército de los educadores que sustituya al ejército de los destructores", *El Demócrata* (11 de octubre de 1920), p. 1.

<sup>70</sup> *Ibid.*

principalmente el alma de sus educandos. En nuestra época era difícil revivir ese mismo fervor. El maestro laico estaba encadenado a una filosofía para Vasconcelos ramplona, que, en el mejor de los casos, no niega el alma, pero tampoco la toma muy en serio y no puede hablar del espíritu.<sup>71</sup> Pero Vasconcelos no desmayó. Sabía que a sus maestros les sería difícil enseñar las artes del trabajo productivo porque no eran maestros completos como el fraile, que además de la base espiritual, sabía cultivar un campo y aserrar, ensamblar la madera de una mesa, y en fin, era un maestro multifacético que reunía en una sola persona todos los oficios. Para reemplazarlo Vasconcelos empezó a enviar grupos de maestros; uno de artesanías que enseñara a labrar la tierra y a forjar el hierro; otro que fuese artista y pudiese inspirar a la población el gusto de la belleza, y otro más para que incitase a la acción social y a la colaboración en la obra patriótica; otro, finalmente, para las primeras letras y la matemática.<sup>72</sup> A estos maestros Vasconcelos los llamó misioneros.

Si bien la tarea era distinguida, era también particularmente difícil y requería talento de gran capacidad. No teniendo Vasconcelos el acicate espiritual, recurrió al económico e hizo de sus maestros misioneros los más bien pagados entre todos los de la Secretaría. Y no contento con usar lo mejor del normalismo lanzó una convocatoria invitando a los poetas jóvenes, a los artistas, y a los hombres de letras y de talento de todo el país para que dieran su colaboración a la obra magna que se había emprendido. Se les pedía uno o dos años para que visitaran las zonas indígenas y convivieran con los indios.<sup>73</sup>

Ese hombre capaz de la entrega personal y de servicio a la humanidad era un ideal quizá demasiado grande para darse fácilmente en la realidad. Pero, desde luego, Vasconcelos quería crear el genio de una nacionalidad y una tarea de ese tipo no es de fácil elaboración. Como escribe él en el *Ulises Criollo*:

El genio ha de tallarse como el granito. Duro para sí propio en primer término, y para los demás, exigente en la medida necesaria a la tarea. Las circunstancias, los intereses, todo ha de ser medio en la conquista de lo que debe ser, sobre lo que es. Para una naturaleza finita el hecho de ser, amerita ya estancamiento y simulacro de muerte. Para lo finito no hay más que un recurso; dejar de ser "sí mismo" y devenir hacia lo infinito.<sup>74</sup>

<sup>71</sup> José Vasconcelos, *El Desastre, Obras Completas*, Vol. II, p. 1329.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 1330.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 1330.

<sup>74</sup> José Vasconcelos, *Ulises Criollo*, p. 320.